

Bengala PRESENTA A **JERRY LEWIS**

CINE

EL CENICIENTO

UNA PRODUCCION Jerry Lewis

TECHNICOLOR



ED WYNN
JUDITH
ANDERSON

HENRY SILVA · ROBERT HUTTON

ORQUESTA **COUNT BASIE**
PRESENTANDO A **Joe Williams**

ANNA MARIA
ALBERGHETTI

PRODUCTOR Jerry Lewis PRODUCTOR ASOCIADO Ernest D. Glucksmann

ESCRITA Y DIRIGIDA POR Frank Tashlin NÚMEROS MUSICALES RECREADOS Nick Castle
NUEVAS CANCIONES DE Harry Warren Y Jack Brooks

los intocables

UNA cierta tendencia de la crítica francesa defendió ardorosamente la política de autores. Consistía tal actitud en establecer una lista inamovible de nombres ilustres: eran los intocables. Hicieran lo que hicieran, firmasen lo que firmaran, sus nombres debían ir siempre asociados a obras maestras. En justa correspondencia, existía también otra lista —tan inamovible como la anterior— en la que se agrupaban nombres menos ilustres condenados irremisiblemente a la mediocridad: éstos también eran intocables, aunque en sentido negativo; nada podrían nunca hacer para librarse del anatema. En su infierno estético no había posibilidad de redención.

Los Minnelli, Donen, Fuller, Lang, Ford, Hitchcock, Rossellini o Cukor podían descansar en cambio placidamente en su paraíso, seguros de que la acidez crítica no contaminaría su pureza de intocables. La política de autores se había inaugurado y pobre del crítico que no participara de esa tendencia y tratara de poner objeciones a una obra concreta firmada por alguna de estas vacas sagradas —con perdón—. Porque está fuera de dudas que de un autor de talento se deben de esperar films interesantes, pero en la complicada industria cinematográfica ese nombre solo no es garantía suficiente de calidad. Las circunstancias en que se produce cada película son muy diferentes y el talento del autor a veces puede ser ahogado por imperativos mercantiles. Todo el genio de Buñuel no ha sido capaz de imponerse a los condicionamientos de la industria y se ha visto obligado a firmar más de un film francamente mediocre.

Simplificando, se puede admitir que el nombre de un «maestro» puede ofrecer muy serias garantías, pero que no basta para establecer la patente de intocabilidad. Valgan estas reflexiones como prólogo al comentario sobre «My Fair Lady», de George Cukor. La tendencia crítica a que me he venido refiriendo ha aceptado el film en toda su extensión desde el momento en que estaba firmado por el intocable Cukor. Sin embargo, me parece que habría que hacer unas cuantas precisiones sobre esta obra, malograda en su mayor parte, y con unos cuantos fragmentos del mejor Cukor.

Considerado por la Metro como el hombre de prestigio, George Cukor se encargó durante los años treinta de la realización de varios films adaptados de obras famosas: «Mujercitas», «David Copperfield», «Romeo y Julieta», «La dama de las camelias»... Era la gran época de Hollywood, cuando florecía el cine de fantasía. Cukor prefirió —o más bien fue designado— para llevar a la pantalla las obras inmortales, que él adaptó de una forma conservadora, poniéndolas al nivel de la mentalidad burguesa. Cukor se distinguió también como excelente director de actores, especialmente de actrices. Las estrellas de Hollywood querían ser dirigidas por él, en la seguridad de que conseguirían grandes «performances»: Greta Garbo, Katherine Hepburn, Norma Shearer, Judy Holiday, Judy Garland, Kay Kendall, Marilyn Monroe, Sofia Loren se beneficiaron del indudable talento de Cukor para dirigir a las actrices. Como prueba de resistencia, Cukor rodó una película interpretada exclusivamente por estrellas femeninas que se tituló precisamente «Mujeres», protagonizada por Joan Crawford, Norma Shearer, Paulette Goddard y Rosalind Russell.

Hombre de oficio, excelente técnico, mejor profesional, Cukor ha respondido en todo momento a las exigencias de la industria cinematográfica americana, dirigiendo films de cualquier género. Pero es en la comedia donde su talento se ha mantenido más firme. «La costilla de Adán», «Nacida ayer», «El pistolero de Cheyenne», «Las girls», «El multimillonario» son films que prueban la notable sensibilidad de Cukor, su exquisito gusto para el género. Pero —y que los defensores de la política de autores me perdonen— el talento de Cukor ha brillado intermitentemente. Para limitarme a sus últimos films, es difícil comprender cómo entre «A Star Is Born» y «Las girls» pudo realizar dos films tan desafortunados como «Cruce de destinos» o «Viento salvaje»...

Su última obra, «My Fair Lady», no puede considerarse como un tropiezo. Más bien hay que decir que es un ejemplo de la profesionalidad de Cukor: el film no es sino el tributo de docilidad pagado por el realizador al productor Jack L. Warner. «My Fair Lady» es un producto comercial neto, standardizado y tipificado. El «Pygmalión» de Bernard Shaw da origen a una comedia musical firmada por Alan Jay Lerner —letra— y Arthur Loewe —música— que se mantiene durante varios años en Broadway. Se trata de trasladar este éxito al cine, para lo cual hace falta un par de estrellas, un decorador y figurinista —Cecil Beaton, que en principio rechazó Cukor, pero que no tuvo más remedio que admitir ante la imposición del poderoso Jack L. Warner— y otra serie de elementos prefijados de antemano. Nos encontramos en las antipodas de un «film de autor». Es un producto con algún momento inspirado debido al talento de Cukor. Todo lo demás: el evidente empaque de la producción, la excelente interpretación de Rex Harrison, la desenajada y esquelética Audrey Hepburn —impropia para el papel— son artículos de consumo sabiamente ordenados por el industrial Warner. La mercancía está a la venta, pero por un prurito de mala conciencia conviene reclamar la firma de un hombre de prestigio: nadie mejor que Cukor para otorgar su patente de exquisitez a este espectáculo tedioso, con un texto de opreeta —bien reaccionaria, por cierto— y una música que no tiene nada que envidiar a la de cualquiera de nuestras más ramplonas zarzuelas.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS